



bre la tumba del difunto. Fué canonizado en 1482.

Tomas, hijo de los condes de Aquino en la Calabria, fué educado en el Monte Casino; manifestó deseos de hacerse religioso, y los benedictinos procuraron atraer á su congregacion un hombre de un talento tan eminente; pero la carrera más vasta en que marchaban los dominicos lisonjeaba mucho las esperanzas del jóven. Entró, en efecto, en esta órden á disgusto de sus padres y hermanos, y pasó á Colonia cerca de Alberto el Grande. Poco despues fué Tomas catedrático en esta ciudad (1249); más tarde, en el año 1257, lo fué en París, en Roma y en otras ciudades de Italia. Rehusó el arzobispado de Nápoles. Sin duda puede ser colocado entre los más grandes teólogos de la edad media, y aun en primera fila, si se tiene en consideracion la vasta extension de su saber y el genio profundamente filosófico que le caracteriza (*doctor angelicus*) (1). Doctor á la vez especulativo y eminente dialéctico, pertenece Santo Tomas igualmente á los místicos y á los escolásticos. Desgraciadamente su principal obra teológica (*Summa totius theologiae tripartita*) no está concluida. El pensar en su muerte, cuya época precisa él mismo predijo tres meses antes, en el momento de partir al concilio de Lyon, hizo que renunciase á toda especie de estudio para ocuparse únicamente en la eternidad. Murió el 7 de Marzo de 1274.

Se han añadido algunos extractos de sus lecciones á la tercera parte de su Suma; lo restante tiene que completarse con su Comentario sobre Lombardo. Al exponer Santo Tomas su

(1) Commentar. in Aristot.; Summa theol. tripart. (P. III, suppl. et comment. in 4 Lib. Sent.); de Veritate cath. fidei contra gentiles; Quaestiones quodlibeticae; Expositio continua sive Catena aurea, in quatuor Evang. (Opp. cura Justiniani et Henriquez. Rom. 1570, 17 t. in fol. Antwerp. 1617, 18 t. in fol.; Par. 1660, 23 t. in fol.; Ven. 1745 sq. 28 t. in 4.) Cf. *Bolland. Act. SS. mens. Mart. t. I, p. 655. Ing. Feigerte, Hist. vitae SS. Thomae a Villanova, Thomae Aquino et Laurent. Justiniani. Vienn. 1839; Klin, en el periódico religioso La Alemania Católica publicada por Sengler, 1833, t. III, 1.ª entrega. Los extractos de Meller, el primogénito, sobre esto están en El Católico, 1828; 1829, Enero y Mayo; 1830, Marzo; 1831, Febrero y Marzo; 1832, Marzo.*

sistema en esta obra, que seguramente es la más importante de cuantas han producido los escolásticos, se adhiere francamente á San Agustin, de quien, segun el juicio del cardenal Noris, tan competente en estas materias, es el mejor comentador. Mas al propio tiempo se nota en el doctor angélico la influencia de Hugo de San Victor, al que de otra parte miraba como á su maestro (1).

Injustamente se ha sostenido que la *Gran Suma* no fué destinada por el santo á ver la luz pública, y que meramente era un extracto de sus lecciones puesto en órden (2). Esta asercion tan sólo es cierta en lo concerniente á la tercera parte. La segunda encierra dos subdivisiones: en la primera (*prima secundae*, intitulada *de virtutibus et vitiis in genere*) desarrolla los principios de la moral universal; la segunda (*secunda secundae*) encierra los de la moral especial, hasta entónces reunida á la dogmática por otros escolásticos, excepto Abelardo, cuya moral sin embargo es más bien filosófica que cristiana y teológica. La Suma procede del principio al fin por cuestiones; á una primera solucion poco profunda sigue otra más completa. La introduccion prueba que la teología es una

(1) Con respecto á su Suma manifiesta Santo Tomas su objeto en estos términos: «Quia catholicae veritatis doctor non solum provecos debet instruere; sed ad eum pertinet etiam insipientes erudire (secundum illud apostoli, I Cor. III, 2), propositum nostrae intentionis in hoc opere est: ea quae ad christianam religionem pertinent eo modo tradere secundum quod congruit ad eruditionem insipientium. Consideravimus namque hujus doctrinae novitios, in his quae a diversis conscripta sunt, plurimum impediri: partim quidem propter multiplicationem inutilium quaestionum, articulorum et argumentorum, partim etiam quia ea quae sunt necessaria talibus ad sciendum, non traduntur secundum ordinem disciplinae; sed secundum quod requirebat librorum expositio, vel secundum quod se praebebat occasio disputandi; partim quidem quia eorumdem frequens repetitio et fastidium et confusionem generabat in animis auditorum.» La quaestio prima tiene por título: «De sacra doctrina qualis sit, et ad quae se extendat.» in X articulos divisa; la quaestio secunda de Deo: «Utrum Deum esse sit per se notum (art. I); utrum Deum esse sit demonstrabile (art. I I) utrum Deus sit (art. III).» Cf. *Oudin, Commentar. de scriptorib. eccl. t. III, p. 253 sq.*

(2) Cf. *Natal. Alex. Dissert. ad hist. ecc. XIII et XIV saeculi, diss. VI; et Oudin, l. c., t. III, página 353 sq.*



verdadera ciencia, por más que descansa sobre la historia, porque los hechos históricos están basados en ideas. La teología ocupa el primer lugar entre las ciencias, porque el mismo Dios la dió, está apoyada en la revelacion, y se distingue, por lo tanto, de una teología secundaria ó natural que no forma más que una parte de la filosofía. Segun Santo Tomas, cuando se disputa con incrédulos y herejes tiene que seguirse un doble método: á los primeros manifiésteseles la vanidad de sus opiniones; á los segundos hágaseles palpar lo que tienen de comun con nosotros, y pruébeseles la verdad de los dogmas que desechan, acudiendo á la íntima union con los que admiten. Sus obras apolégicas contra los mahometanos y judios son el fruto del celo que le inspiró San Raimundo de Peñafort para ayudar á los predicadores de España (1). Sus comentarios sobre la Sagrada Escritura manifiestan un profundo conocimiento de los Padres y una perfecta inteligencia de las ideas fundamentales de la Sagrada Escritura y del dogma. De otra parte sus virtudes igualaban á su ciencia; por lo tanto fué canonizado por Juan XXII en 1323, y colocado entre los doctores por Pío V en 1567.

La gloria de este ilustre dominicano excitó por mucho tiempo la envidia de los franciscanos. Finalmente, pudieron ellos á su vez glo-

(1) De veritate cath. fidei contra gentiles, lib. IV. Despues del Proemium, cap. I, el autor habla así de su intencion en el cap. II: «Inter omnia vero studia hominum, sapientiae studium est perfectius, sublimius, et utilius, et jucundius. Primo, quia non ita sunt nobis nota singulorum errantium dicta sacrilega, ut ex his quae dicunt possimus rationes assumere ad eorum errores destruyendo. Hoc modo usi sunt antiqui doctores in destructionem errorum gentilium, quorum positiones scire poterant: quia et ipsi gentiles fuerant, vel saltem inter gentiles conversati, et in eorum doctrinis eruditi. Secundo, quia quidam eorum, ut Mahometistae et Pagani, non conveniunt nobiscum in auctoritate alicujus scripturae per quam possint convinci, sicut contra Judaeos disputare possumus per Vetus Testamentum, contra haereticos per Novum: hi vero neutrum recipiunt; unde necesse est ad naturalem rationem recurrere, cui omnes assentire coguntur, quae tunc in rebus divinis deficiens est. Simul autem veritatem aliquam investigantes ostendimus qui errores per eam excludantur, et quomodo demonstrativa veritas fidei christianae religionis concordet.»

riarse de Juan Duns-Escoto (1), natural de Northumberland, que, segun Tritemio, estudió bajo la direccion de Alejandro de Hales, aunque es poco verosímil. Así en París como en Colonia adquirió Escoto la reputacion de un doctor muy sutil (*doctor subtilis*), y murió en 1308. No fué enteramente sin razon que opusieron los franciscanos su autoridad á la de Santo Tomas de Aquino; porque, si le es inferior bajo el punto de vista del genio especulativo, le iguala en la energia de su dialéctica, y algunas veces le es superior en la sutileza de su espíritu. Pero esta misma sutileza, junto con la oscuridad de su lenguaje, hace muy difícil la lectura de sus obras. Por Duns-Escoto principió la lucha de los tomistas y de los escotistas (2), que llegó á ser tan viva, que no era posible pertenecer á ninguna de ambas órdenes, sin abrazar de hecho el tomismo ó el escotismo. En filosofía la disputa versaba sobre los *universales*, cuestion por la cual Escoto se aproximaba á Platon. En teología Santo Tomas y los dominicos sostenian los principios rigurosos de San Agustin sobre la gracia y los dogmas á ella referentes, mientras que Escoto y los franciscanos adoptaban opiniones ménos severas. Finalmente, los dominicos negaban la Inmaculada Concepcion de la Virgen Santísima, que sus adversarios defendian con ardor. Esta rivalidad produjo algunas ventajas, promoviendo serias y profundas discusiones sobre algunos puntos de doctrina, y deteniendo las opiniones demasiado exclusivas, aunque muy á menudo la discusion degeneraba en acrimonia. Rogerio Bacon (3), franciscano que enseñaba en Oxford, adquirió el glorioso renombre de doctor admirable (*doctor mirabilis*). Versado en todos los ramos de los conocimientos humanos, y principalmente en las ciencias naturales, se distinguió por la maravillosa facilidad en concebir. Murió en 1294. Echó

(1) *Questiones in IV lib. Sent.; quaestiones quodlibeticae. Op. Walding. Lugd. 1639 sq. 12 t. in fol. Baumgarten-Crusius, de Theol. Scoti. Jen. 1826, in 4.*

(2) *Arada, Controv. theol. int. Thom. et Scot. Col. 1620, in 4. Bulaei, Hist. univers. Paris, t. IV, página 298 sq.*

(3) *Opus maj. (1266), ed Sam. Jebb. Lond. 1733; Ven. 1750, in fol. Cf. Coleccion de biografias notables. Hale, 1757, P. IV, p. 616-709.*



en cara á la teología de su tiempo que tenía miras demasiado exclusivas; y para remediarlo aconsejó entre otras cosas el estudio de la filología.

Hemos mencionado los tratados de moral de Abelardo y de Santo Tomas de Aquino, tan opuestos entre sí, y conviene citar también á Guillermo Perault (1) y á San Raimundo de Peñafort (2). Este último redujo á sistema los antiguos libros penitenciarios, y de ellos hizo una verdadera *casuística*. Sin embargo, la actividad práctica de los místicos fué aún más eficaz para la moral que para la ciencia, pues realizaron inmediatamente en su vida los principios de una moral pura y severa. La interpretación científica de las Sagradas Escrituras ocupó un lugar relativamente demasiado pequeño en los estudios de estos tiempos, y únicamente se apoyaba en el texto traducido de la Vulgata. Á la glosa más comun entonces de Walafrido Strabon (*Glossa ordinaria*) fué añadida otra por Anselmo de Laon, muerto en 1117 (3). Sin embargo, Hugo de San Víctor excitó más ardor por los estudios bíblicos, dando en la primera parte de su *Didascalion* una especie de metodología para las ciencias filosóficas, y en la segunda una introducción histórica al estudio de la Sagrada Escritura y un compendio de hermenéutica, cuyas reglas observó en sus Comentarios sobre la Biblia. Estéban, abad del Cister, corrigió la Vulgata sobre los mejores manuscritos, y valiéndose de un texto greco-hebraico. El dominico Hugo de San Caro (4), cardenal en 1244 y muerto en 1260, se impuso la misma obligación; hizo general la división en capítulos, redactó según esta división la primera Concordancia, á la que añadió un sermo-

(1) *Summa de virtutib. et vitiis*, ed. Par. 1629, in 4.º

(2) *Summa de poenitentia et matrimonio*, vel *Summa Raymundiana*; c. glossis Joan. de Friburgo. Rom. 1603, in fol.

(3) *Glossa interlinearis c. gloss. ordinar.* ed. Basil. 1502, in fol.

(4) Cf. *Quetif et Echard*, *Script. Ord. Prædicator.* t. I, pág. 194 sq. *Hugo*, *Postill.* in univ. *Bibl. juxta quadrupl. sensum*, ed. Basil. 1498. Paris, 1548. 7 vol. in fol. *Concordantie sacrorum librorum*, ed. Basil. 1543 et 1551, in fol.

nario. Santo Tomas de Aquino adquirió por su parte una grande autoridad como exégeta (1). Uno de los teólogos protestantes más distinguidos de estos últimos tiempos se expresaba en estos términos sobre los trabajos de exégesis del gran doctor: «Sus escritos sobre la Sagrada Escritura, tan célebres durante toda la edad media, prueban de una manera palpable cuán claros pueden llegar á ser el sentido é ideas del Evangelio á espíritus atentos y laboriosos, aún privados de los auxilios materiales que poseemos (2). Rogerio Bacon excitaba enérgicamente á sus contemporáneos al estudio de la lengua oriental, en lo que los judíos de España habian hecho progresos, gracias á su educación del todo árabe. Por su parte los místicos se hundieron con amor en los misterios del código sagrado, al que según el gusto del tiempo atribuían un cuádruplo sentido (*litteralis, moralis, seu tropologicus, allegoricus, anagogicus*). Entre los místicos se distingue particularmente Roberto de Deutz, muerto en 1125, que en un lenguaje afectuoso y con un piadoso ardor comentaba el libro divino como el modelo y la condenación del clero (3). Algunos otros escritores, con Pedro el Chantre, sostenían que habian de atemperarse á una explicación literal; pero su voz hallaba poco eco. Se han mencionado ya ántes cronistas como Vicente de Beauvais (4) y los fundadores del derecho canónico.

Harémos notar aquí con el conde de Montalembert que, á pesar de la íntima unión que entonces habia entre Roma y la gran familia europea, jamás tuvo la poesía una influencia más general, ni fué más popular y brillante

(1) Explicación de Job, de los cincuenta primeros salmos, del Cántico de los cánt., del Evangelio según San Juan; *Catena aurea*, ep. de San Pablo.

(2) *Baumgarten-Crusius*, *Compendio de la historia del dogma*, p. 262. Cf. *Tholuk*, *Disputatio de Thoma Aquinate atque Abelardo, interpretibus Novi Testamenti*. Hall. 1842.

(3) *Commentarior.* lib. XXXII in duodecim Prophetas minor., in *Cantica canticorum*, lib. VII; in *Evang. sancti Joannis*, lib. XIV; in *Apocal.* lib. XII. (Opp. Colon. 1526. Mogunt. 1631, 2 t. in fol. Edición plagada de yerros. Paris, 1638.)

(4) *Schlosser*, *Vicente de Beauvais, con tres ensayos*. Francfort-sur-le-Main, 1819, 2 vol.



que en esta época. En casi todos los parajes de Europa habia adquirido desde entónces todas las formas que uno está habituado á mirar como el exclusivo heredamiento de la antigüedad pagana, ó de la civilización moderna. En Alemania se formó esa numerosa pléyade de Minnesänger, á la cabeza de la cual se colocó el emperador Enrique VI (1170-1250), y de la que, sin disputa, el más eminente fué Walther de Vogelweide. Nadie supo conciliar como él el gusto y los hábitos del mundo, y el más ardiente patriotismo con el entusiasmo religioso, el celo por la cruzada, en que combatió en persona, y un particular fervor por la Virgen Santísima, cuya bondad y dolores cantó con una incomparable ternura. La poesía épica tomó el vuelo más magnífico en los *Nibelungen*, esta Iliada del pueblo germánico, por primera vez recogida y escrita hácia el año 1210. El agudo Wolfram d'Eschenbag hizo una buena traducción del *Parcevat*, y la única que aún

existe de *Titirel*, esta obra maestra del genio católico, que merece el primer lugar después de la *Divina Comedia*. Gottfriedo de Estrasburgo también componía por aquellos tiempos su *Tristan*, que comprende todas las aventuras heroicas de los caballeros y las leyendas de la Tabla Redonda. Verdad es que en Francia la literatura de los trovadores no tuvo elemento alguno católico; rara vez pasó de la glorificación de la hermosura corporal, y en general, y salvo algunas raras excepciones, abundó en el sentido de los herejes del Mediodía. Con todo, las leyendas de Carlo-Magno y de la Tabla Redonda, ó sobre el San Graal, suministraron los elementos de magníficos romances populares. Thibaut, rey de Navarra, cantó con fuego las cruzadas y la Virgen Santísima, y hasta mereció los aplausos del Dante. Este inmortal cantor, nacido en 1265, elevó, en su *Divina Comedia*, la poesía religiosa á una sublime altura, y abrió la carrera á una serie de poetas.